

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

«Yo no soy buena moza, ni lo quiero ser, porque las buenas mozas se suelen perder,» etc., etc.

Así cantaban, no hace muchos años, las niñas que en alegres y bulliciosos corros eran en el Prado verdadera molestia para los transeuntes y encanto indecible para los embobados papás: tengo para mí que si en aquellos tiempos hubieran sido del dominio público las mañas del presbítero director de *El Sagrado Corazón de Jesús*, los niños habrían cantado, *mutatis mutandis*, una cosa parecida. Por mi parte declaro que al recordar estas coplas no pensaba en este bendito clérigo, digno director de la juventud, sino en la razón con que puedo decir, por fortuna:

«No soy supersticioso ni lo quiero ser.»

Y no solamente no quiero serlo, si que celebro muy de veras no haber sido nunca agorero, profeta ó cosa por el estilo. En otro caso, ¿quién podría tranquilizarme ahora? Observen Vds. bien esta singular coincidencia, que algo tiene de funesto presagio. Empezó el Carnaval, la época de las diversiones más profanas y más pecaminosas, y como prólogo de las fiestas se nos dice que el sol tiene manchas ¡qué horror! pero no manchas insignificantes, sino de muchos millares de leguas; los hombres de la ciencia explican á su modo este fenómeno singular, pero para nosotros los que desconocemos la ciencia; para nosotros los profanos, á quienes nada se alcanza de esos fenómenos celestes, es indudable que el rey de los astros se ruboriza de la creciente perversión del género humano, y esas manchas no otra cosa significan que el color de la vergüenza oscureciendo el brillo de su inmensa fisonomía.

El hombre ciego y obstinado, lejos de atribularse por este visible enojo del sol, persiste en hacer gala de su locura; baila, bromea, se divierte, y—¡horror causa decirlo!—ridiculiza la majestad real, exhibiendo en ridícula mascarada la institución monárquica montada sobre un pollino, torpe animal, que si en tiempos remotos pudo servir de cabalgadura á Jesucristo, hoy apenas si es digno de conducir la hacienda de un infeliz yesero.

Tanta locura, tan inaudito atrevimiento habia de terminar y ha terminado de una manera triste: pasados apenas los tres días de verdadera demencia y de ruido insensato, la voz de la verdad, el grito de la justicia, las aclamaciones de la fría razón se han hecho oír, y bien así como el que despierta de un sueño profundísimo ó vuelve en sí despues de un largo desmayo pregunta indefectiblemente en todos los dramas y en todas las novelas: «¿dónde estoy?» y mira con ojos de espanto en derredor suyo, nosotros, al salir del último baile de máscaras, hemos dirigido en torno investigadoras miradas, encontrando aquí al clérigo director de *El Sagrado Corazón de Jesús*; allí al obispo del Burgo de Osma; en esta parte los

nombramientos de gobernadores, y en estotra la siguiente noticia de *La Correspondencia*:

«Anoche llegó á Madrid en el tren ordinario de Aragón el señor duque de Montpensier.»

Nótese bien esta circunstancia. El duque de Montpensier llegó á Madrid el miércoles de Ceniza. Suelen á las veces los padres ó los maestros dejar á los niños que se entreguen descuidados á sus infantiles é inocentes juegos, y cuando la hora de comenzar nuevamente las ordinarias tareas es llegada, aparecen con rostro grave y continente severo ante los regocijados muchachos para poner triste término á su algazara.

Como verdaderos muchachos nos divertíamos nosotros, sin pensar en reyes, ni en amos, ni mucho menos en extranjeros monarcas, y pasado el tiempo concedido á las distracciones, surge grave, severa y estridada la figura del candidato, que parodiando el terrible *memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*, parece gritar con amenazador acento: *memento popule, quia servus eras et in servitutinem redibis*. O lo que es igual: «Pueblo español, acuérdate de que has sido esclavo y de que á la esclavitud has de volver. Yo, tu amo y señor legítimo, porque con algunos maravedises prestados á tus libertadores para realizar la santa obra, adquirí el derecho de dominarte y de imponerme á tí, he tolerado que disfrutes de la libertad por algun tiempo —y este es un nuevo favor que has de agradecerme—pero no olvides, porque te conviene no olvidarlo; no olvides, repito, que me perteneces, que soy tu amo y natural señor, y que dentro de poco yo seré el rey y tú el vasallo.»

El pueblo, comprendiendo perfectamente la elocuencia muda de este discurso tácito, demuestra también silencioso todo su contento y toda su alegría, y en tanto los diarios montpensieristas emprenden simultáneamente dos tareas que confluyen á un mismo fin; es la una probar, con argumentos tomados de la prensa inglesa, que D. Antonio de Borbon no es Borbon; la otra demostrar que las Cortes pueden y deben elegirle cuanto antes, si no quieren que las más horribles desgracias caigan sobre este desdichado país.

Y justamente dicen eso cuando llega á Madrid y se presenta al Regente el duque de Montpensier; confieso que esta habilidad diplomática es de lo más delicado, de lo más ingenioso que he conocido en el género. ¡Qué artificio tan bien urdido! ¡Cuánto disimulo en el modo de dirigir la solicitud!

Declaro que si las circunstancias de ser francés, de llamarse Borbon, de haber sido ingrato y de carecer de *elevación de alma* no fuesen suficientes para elegir rey á ese candidato que tan humildemente *lo mendiga*, bastaria para hacerle digno de tamaño honor la agudeza, la travesura de que ha dado pruebas en esta su última travesura.

Lo que he dicho de los diarios montpensieristas trae á mi memoria un curioso descubrimiento de los periódicos monárquicos: me refiero á la original teoría *del más y el menos*.

Sostienen estos beatos y lógicos compañeros que

las Cortes pueden nombrar rey, porque autorizadas para lo más, debían estarlo para lo menos: que encargadas de elegir entre monarquía y república, mejor podrán elegir entre un candidato y otro candidato.

Las consecuencias que de esta peregrina y singular premisa habrán de seguirse son incalculables.

Mañana encargo á un procurador que me represente en un pleito del cual pende mi fortuna y acaso la de mi familia, y este procurador, encargado de lo más, podrá impedirme que alquile un coche por horas ó que me compre un par de guantes, que es lo menos.

Un capitalista deja á un hijo suyo al cargo de un su amigo para que cuide de sus estudios y guie sus pasos, y este encargado de lo más podrá impedir al hijo de su amigo que se afeite ó tome chocolate, que es lo menos.

En un lance de honor, mi padrino, encargado de representarme en cuestion de vida ó muerte, que es lo más, podrá perfectamente despedir á mi criado, castigar á mis hijos, arreglar mis gastos domésticos, que es lo menos.

Y nada quiero decir de la seductora confusion en que nos encontraríamos cuando —y esto sucedería en muchos casos— no fuera fácil determinar con exactitud cuál era lo más, dónde estaba lo menos.

—Yo estoy autorizado para tal cosa, diria un apoderado, y como esta tal cosa es menos que esta y aquella y la de más allá, debo estarlo también para todas.

—Es un error: esa y la otra y la de más allá son lo más, contestaria otro.

—Digo que es lo menos.

—Repito que es lo más.

Y sería preciso nombrar un árbitro, que autorizado á su vez para dirimir tan grave contienda, se supondria autorizado también para cualesquiera otros asuntos, á su parecer, de menos importancia.

Porque no siempre la cuestion se presenta clara y definida.

Y si no veamos.

Entre la ida de Montpensier á los baños de Alhama y su regreso á Madrid en miércoles de Ceniza, ¿cuál es el asunto de menos importancia?

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XXXVII.

El obispo de Osma se ha resistido á las leyes de los seglares, en lo cual no ha hecho más que secundar la conducta de la Iglesia á que pertenece en cuerpo y alma, por más que seamos seglares, exclusivamente seglares, los que le paguemos alimentos, casa, vestido, leña, aceite, carbon, planchado y lavado de ropa y todo cuanto necesita, y algo más, su señoría.

Y como en virtud de su rebelion... no, de su resistencia á la autoridad terrenal, ha sido trasladado á Madrid, el Sr. Manterola, católico, carlista, canónico y diputado, que vive también del producto de los trabajos satánicos que hacemos los laicos, se ha

quejado del modo como había sido traído á Madrid su compañero de propina, el señor obispo.

A lo cual contestó la Cámara, por 131 votos contra 9, que «no había visto con desagrado nada de lo que había sucedido con el mencionado obispo.»

Pero antes de esa contestacion hubo cosas dignas de ser mentadas.

Por ejemplo, el Sr. Manterola profesa la moral católica, según dijo, y no pretenderá nunca que el crimen de hoy sea el heroísmo de mañana.

El Sr. Manterola tiene por heroicos aquellos mártires del cristianismo que negaron la obediencia á los emperadores de Roma, apostataron de la religion de sus padres, quebrantaron la cadena tradicional que bajo las deidades paganas habían dado tan asombrosa gloria al mundo romano.

De suerte que la apostasia religiosa y la desobediencia á las autoridades no es crimen á los ojos del Sr. Manterola, supuesto que glorifica á los que en tales casos incurrieron.

«Distingue los tiempos y concordarás los derechos,» podría replicarme el Sr. Manterola; pero antes se lo diría yo, para que no confundiese nuestra época con las pasadas.

El Sr. Martos creyó sin duda decir algo cuando dijo que el obispo debía sujetarse á la ley porque era un ciudadano como otro cualquiera.

No hay tal cosa: el Sr. Martos olvidaba que un obispo es un sacerdote de una religion que el Estado no profesa, y sin embargo, vive á espensas del Estado, y cobra de mí y otros herejes lo que le sobra para vivir como no vivirá nunca la inmensa mayoría de los españoles.

Para que el obispo sea un ciudadano como cualquiera otro, lo primero que ha de hacer es vivir por sí, y salirse del presupuesto.

Pues ¿y el Sr. Rivero? ¿No se le antojó subversiva una especie de viva Carlos VII, dado por el Sr. Manterola?

¡Una especie!

Me choca á mí esa libertad.

Vd. puede decir:

«Deseo que por medios pacíficos y legales, por la voluntad del país y sin quebranto de nadie, alcancemos el poder por largo tiempo la república ó Carlos VII.»

Esto es legal y ortodoxo.

Pero si Vd. expresa la misma idea diciendo sencillamente: «Viva la república ó viva Carlos,» es usted culpable.

De modo que la elipsis es una figura subversiva, y en medio de la revolucion, el ciudadano español está obligado á someterse á la ley de la paráfrasis.

Los hombres del poder no quisieron admitir la proposicion de ley de la minoría, excluyendo del trono á los Borbones, y, sin embargo, quieren que sea subversivo victorear á un Borbon.

El Sr. Eraso apoyó una proposicion aboliendo la pena de muerte para el delito de rebelion.

Bueno es que la apoyara con talento como lo hizo y la fundara en lo que reclamán la humanidad, la filosofía y el derecho. Solo que estas dos señoras y este caballero, que es su amigo inseparable, no exigen nunca para los rebeldes solos eso, cuando se trata de la vida humana, sino que exigen la inviolabilidad de esa vida, sin fijarse en si es de un rebelde ó no.

El gobierno debía haberla admitido lisa y llanamente.

¿No tiene agentes que, con una simple orden del general Prim, fusilan á rebeldes ya rendidos y menores de edad?

No quiso hacerlo...

Roberto Robert.

CANTÁRIDAS.

V.

Instrucción primaria.

Al director de un colegio le va á procesar el juez por no sé qué sacrilegio de afición á la niñez.

Diz que al ver un niño rubio el hombre de sacras órdenes, sintió en su pecho un diluvio de apasionados desórdenes.

Diz que al besar los chiquillos su mano, como es costumbre, los besaba en los carrillos ardiendo en sagrada lumbre.

Y dicen tanto del neo, varon y santo bendito, que, vamos, yo no le creo con semejante apetito.

¿A eso había de llegar un sacerdote tan santo? ¡Qué modo de calumniar!... ¡Habrás visto otro tanto!

¿Cómo ha de volver los ojos el que viste negros tules á los carrillitos rojos y á los ojillos azules?

Los curas así no juegan, pero el azul y la grana son colores que se pegan al negro de la sotana.

Ustedes están muy mal informados de sus dotes, ó no saben la moral que enseñan los sacerdotes.

¿Quién piensa que esos cariños del cura son picarescos? Vaya, vaya... ¡pobres niños!... ¡Pues, hombre, estábamos frescos!

Aunque fuera otro Vitelio. ¡Dios mío! Cá, no señor: él explica el Evangelio, y el Evangelio es amor.

Que apague su torpe llama de esa manera, lo dudo; ¿pues no tiene en casa un ama, ó en el bolsillo un escudo?

Lo que él hará (y no te asombres, lector) con los chicos, es enseñarlos á ser hombres y á no andar en cuatro piés.

Les enseñará latin, si el latin se les antoja, y á hacer algun volatin bailando en la cuerda floja.

Les enseñará el placer que su enseñanza le da; en fin, vaya usted á saber lo que él les enseñará.

Como amoroso cabestro quiere uncirlos á la fé, diciendo como el maestro: *Parrulos, venire ad me.*

Con palabritas tan tiernas los sube sobre su sayo, y los columpia en sus piernas como los columpia el ayo.

Y en postura de plegaria sé que les da en pepitoria toda la instrucción primaria, gratuita y obligatoria.

Y aun hay lenguas viperinas que critican modos tales. ¡Vaya unas gracias divinas que tienen los liberales!

¡Y aun le saca del colegio para procesarle, el juez, por no sé qué sacrilegio de afición á la niñez!

De ese, que á los niños balda, yo sé que librarme puedo; con no volverle la espalda, ya no hay que tenerle miedo.

Dr. Sangredo.

LO QUE PUEDE SUCEDER.

La única ventaja de la política actual es que se la ve venir.

Si los hombres que mandan (y cuidado que pasan de un millon) tuvieran un poquito de eso que nos-

otros los hijos del pueblo soberano llamamos *pasqui*, positivamente harian algo medio regular, y lo harian dándonos de vez en cuando alguna agradable sorpresa.

Pero no, no hay nada de eso.

La política revolucionaria al uso se parece mucho á la mayor parte de las comedias que escriben muchos autores españoles parecidos en lo inocentes á los progresistas.

Hay comedias en cuyo primer acto dice, por ejemplo, el primer galan, que supongamos se llama D. Félix:

—Elvira, hija mia...

Elvira.—Papá...

D. Félix (aparte y con mucha emocion).—¡Pobre niña! Si ella supiera...

Elvira.—¿Qué quiere Vd., papá?...

D. Félix.—Siempre ese dulce nombre en sus labios. ¡Ah! Si ella supiera...

Y siempre que la niña le llama papá, mi hombre se pone de veinte colores.

Al poco rato se presenta un desconocido (generalmente embozado), y so color de que llueve y necesita esperar á cubierto que salga el sol, coge y se pone á contar una historia, que empieza siempre con su prelude de cerrar puertas y ventanas, y con decir:

—Hace quince años...

Ya el público se alarma un poquito, pero en cuanto el desconocido cuenta que tuvo unos amores con una señora que de puro señora le regaló un rorro, se nota un rumorillo entre los espectadores, que dicen con cierta satisfaccion:

—Ya pareció aquello.

Y no le digo á Vd. nada cuando sale Elvirita y pregunta:

—Papá, ¿quién es este hombre?

El embozado llora, y esto de llorar detrás del embozo es de un efecto que no se puede Vd. figurar.

No hay comedia de costumbres en que dos personas de distinto sexo y de caracteres no se digan en el primer acto que no se pueden ver.

Ya sabe el público que en el tercer acto se han de casar, so pena de ser silbados.

Y nada le digo á Vd. de esos melodramas en que sale al final un anciano con una niña, y exclama:

—¡Gracias, Dios mío! (Dios siempre anda en estas cosas.) Gracias, Dios mío; llego por fin al adorado rincón donde nacieron mis horas de inefable dicha. ¿Vivirá aun María?

La niña.—¡Papá, papá, aquí hay una pobre anciana!

—¡Te veo! murmura el espectador. Ya me la tenía yo esa tragada.

Pues algo y aun algos de todo eso es lo que, según los indicios, se trata de hacer ahora en el teatro de la representación nacional (Congreso, como otros le llaman).

Las inteligencias entre las gentes que no la tienen, parece que son ya un hecho.

Se asegura que el señor duque de Montpensier, cansado de hacer torpezas, ha querido echar el resto haciendo la última, que, según opinion de sabios, no es ya torpeza, sino sandez inusitada. Se ha dado á los progresistas.

Como estos no saben más que lo que sabe el general Prim (¿sabrán algo?) esperan que el general Prim resuelva en el asunto. Porque lo que es si el general Prim se convence de que Montpensier es cosa útil, treinta mil siglos han de contemplarle.

Pues bien, este señor general, que nunca ha sido ni montpensierista ni nada, se encuentra ahora con que puede serlo si se le antoja, y que acaso no sea del todo malo eso.

¿Pero cómo convence este general al país de que hay que entrar por ese camino?

Aquí de la accion dramática progresista.

Escena primera. Se levanta un diputado montpensierista en el Congreso y dice:

—Yo creo que el duque de Montpensier es la solución deseada por el país!

El general Prim.—¡Nunca creí yo eso!

El diputado.—Yo lo he creído siempre, y estoy seguro de que la Cámara, harta de soluciones imposibles y de proyectos ilusorios, ha cambiado en gran parte de opinion y piensa como nosotros.

El general Prim.—Propongo una cosa.

Varios diputados.—Veamos.

El general Prim.—Yo no he sido nunca montpensierista, ni lo soy ahora, pero yo respeto la opinion de la Cámara como nadie. La Cámara es el país, la Cámara es la opinion, la Cámara lo es todo. ¿Vamos á ver lo que la Cámara opina?

El diputado.—En seguida.

El señor presidente.—Se va á proceder á la votacion.

Y en efecto, se procede á la votacion. Montpensier es declarado rey por doscientos y pico de votos contra sesenta y tantos.

Todos los progresistas han votado. ¡Oh sorpresa! El general Prim da un viva á D. Antonio I, y el público dice:

—¡Todo lo comprendo!

Solamente que cuando se adivina el desenlace de una comedia en el teatro, la gente se rie, pero se va á su casa, y ahora puede suceder que la gente no se ria y se salga á la calle.

Eusebio Blasco.

CARICATURAS REVOLUCIONARIAS.—(Tercera hornada.)



FIGUEROLA.

**La Hacienda del pueblo ibero,
que ya tiene vida apenas,
él maneja con salero,
y dicen todos que en buenas
manos está el panderero.
Sus desaciertos de ayer
le recomiendan quizás;
ya nada puede perder;
si hace un empréstito más
se eterniza en el poder.**



RIVERO.

**¿Es republicano?—Sí.
¿Es monárquico?—Tambien.
¿Unionista?—Así, así.
¿Progresista?—A tutiplen.
¿Y radical?—¡Hasta allí!
Todo lo es, en conclusion,
mas con su cuenta y razon:
ó del fin que la amenaza
salva á la Revolucion,
ó se queda calabaza.**

LOS CARLISTAS.

Bien considerado el caso, jamás habían podido jactarse los carlistas de las consideraciones que deben hoy á los liberales.

Durante la guerra civil, cuando los carlistas tenían generales, ejército, intereses, plazas fuertes y plebe en las aldeas y aristocracia en los palacios, era de ver el desprecio con que los liberales hablaban de ellos.

Al decir de las *Gacetas* de aquel tiempo, no había batalla que no perdiesen, ni encuentro donde no huyesen, ni pueblo que no les rechazase: sucedió además durante los siete años lo que sucede ahora con lo de Cuba: cada día la insurrección tocaba á su término.

Han pasado 27 años. Los carlistas del V hoy se titulan del VII; Cabrera es viejo, rico, está inglesado y no para guerras: sus compañeros de glorias y fatigas, unos muertos, otros comiendo del presupuesto revolucionario, otros curándose los achaques de los años y las campañas; los pueblos que antes los mandaban envían al Congreso diputados republicanos, radicales y progresistas; los intereses se han combinado en contra del absolutismo; las ciudades se han hecho volterianas y más ó menos industriales; el escarmiento ha desengañado y enfriado á los tibios, y la nueva generación rompe con lo pasado, apenas ve una malla débil,

para lanzarse á las conquistas de lo porvenir. Y sin embargo, desde que los liberales mangonean la cosa pública, no cesan de gritar que los carlistas son muchos, pueden y valen.

No basta que la intentona del mal aconsejado general Ortega acabase tan trágicamente para él como ridículamente para su causa; no basta que ahora, hace cuatro días, teniendo muchos millones y el auxilio del clero de Roma, de Francia y de España, haya tenido que volverse con las orejas gachas, no: los liberales se han empeñado en engañar no sé á quién, pintándoles á los carlistas como gigantes.

No mueve el duque de Montpensier pié ni mano sin que algun periódico de los suyos no nos haga el bú con el carlismo.

No hay reyerta entre la mayoría sin que el montpensierismo no saque á relucir sus carlistas.

Un gobernador de provincia prohíbe los gorros de determinada forma por temor á los carlistas.

Se comunica la falsa sublevación de los Hierros para dar importancia á los carlistas; se suponen grandes, formidables proyectos en los pobretes carlistas.

Así que un diputado republicano echa en cara al gobierno sus desaciertos, se le responde: Eso es, des-acredítame Vd. para que vengan los carlistas.

Cuando vuelvo de recorrer montañas sin encontrar un carlista para un remedio, hombres que no han salido de Madrid en dos quinquenios me dicen con toda formalidad que en la montaña no hay más que carlistas.

Ya los carlistas son como el vino de Champaña: en todas partes lo venden y no hay un mortal que lo beba.

¿Pues no decía ayer un periódico que los carlistas se agitan para impedir que el país elija un rey liberal?

No parece sino que dejamos de constituirnos por la dificultad de elegir entre reyes liberales.

Lo primero sería tener rey, uno cualquiera, y después que probase haber sido liberal, aunque solo lo hubiera sido del modo que lo son los príncipes, que es el *modus vivendi*.

Está uno ya tan encarlizado, que á veces llega á creer que, en efecto, hay pocos ó muchos carlistas.

Yo, cada vez que me presentan una persona desconocida, no puedo menos de preguntarle:

—¿Es Vd. carlista?

Y siempre me llevo chasco.

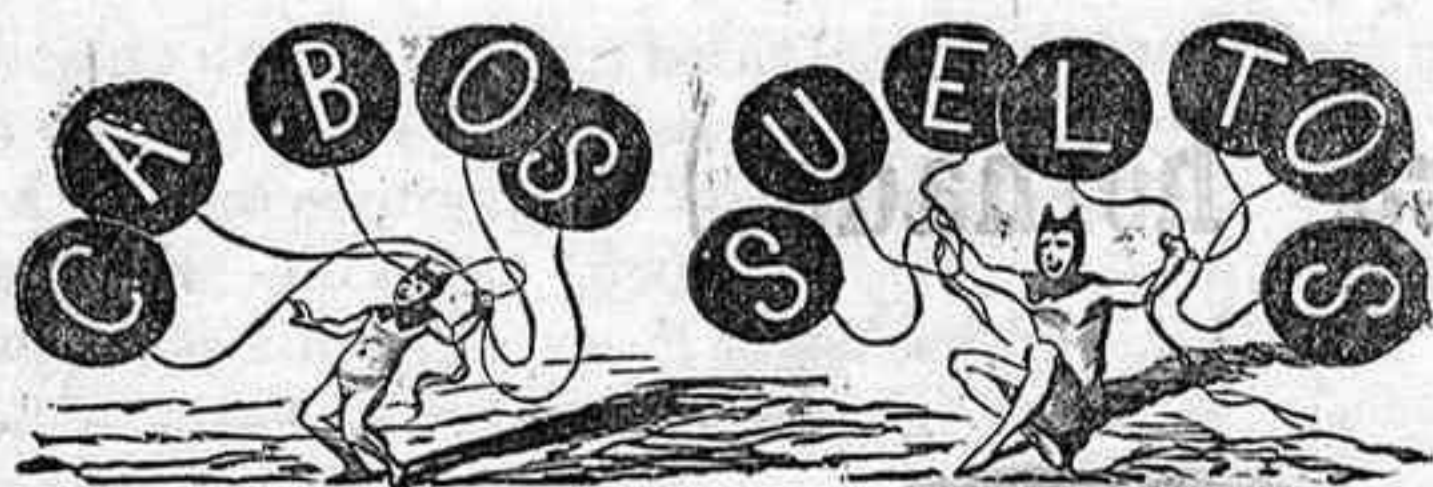
Calcule cada español cuántos carlistas conoce, y échese la cuenta de que ya los conoce á todos, y no hay más que aquellos.

Pero en una época en que los liberales dicen que hay dinero, ¿qué mucho que digan que hay carlistas?

No: el duque de Montpensier no sacará provecho alguno de que sus diarios nos hablen continuamente de carlistas.

El coco, el diablo, las brujas... ¿quién cree en eso? Pues aplique el cuento.

Roberto Robert.



Impresiones de viaje.

«Yo soy el señor tú Dios que te sacó de la nada, ó lo que viene á ser lo mismo, yo soy el obispo del Burgo de Osma que á la nada quiere volverte y que se digna recibir de tus impías manos algunos miles de duros.»

(Dia primero de mi pasion.) El juzgado está á las puertas de mi palacio.
¡Qué injuria á mi omnipotencia, igual á la del mismo Dios!

Solo porque me niego á reconocer la autoridad del Tribunal Supremo, solo porque me encaramo en la peana de mi dignidad santa para denostar al gobierno herético y revolucionario, se atreven á exigir de mí, de la imagen del Sér Supremo, de un ministro del Altísimo, jefe nato del presbítero director del *Sagrado Corazon de Jesús*, que me presente en Madrid; no iré: antes sufriré el martirio y la muerte.

(Segundo dia.) El juzgado pretende entrar por fuerza.

Yo confio en mi Dios: yo sé que las balas me respetarian; sin embargo, como podría suceder que, por una casualidad, se olvidase Cristo de protegerme, no parece bien que el santo cuerpo de un obispo sea agujereado ni más ni menos que el de un miserable soldado. Me resigno, pues; demos esta prueba de mansedumbre y de humildad. ¡Voto á dos mil demonios!

(Tercero dia.) Ya estoy en el coche: esos guardias civiles me escoltan. Si me insultaran sin hacerme daño, mi popularidad se aumentaria á poca costa. Nada, ni una palabra me dicen. Ahí van, serios, graves: el comandante no pronuncia una palabra. Si hay oportunidad procuraré que le arrastren en algun pueblo del tránsito. Entonces será la ocasion de implorar su perdon.

(Dia cuarto.) Todo ha sido inútil: los más exquisitos miramientos, las más cultas maneras; ¡estoy verdaderamente furioso! esto ha sido añadir el escarnio á la ofensa, á la humillacion la burla.

Continúe el martirio y llevémoslo con paciencia. ¡Voto al infierno!

(Dia quinto.) Estoy en Madrid. ¡Qué horror! Me hacen subir á un carruaje. Qué movimiento tan endemoniado tiene; ya principian á martirizarme. Casi me alegro: con estos padecimientos ganaré el cielo. Ya me figuro que voy á la cárcel; si, serán capaces de encerrarme con algun infame revolucionario. ¿Qué veo? Estoy en las Escuelas Pías: Niños aquí (para que me molesten con sus gritos, conozco la intencion), frailes allí. Esto es el colmo de la crueldad.

(Dia sexto.) Me han tomado declaracion ¡qué escándalo! lo mismo que si fuera yo un hombre como cualquiera otro.

Yo he protestado con mi conducta.
Después de algunas horas me he puesto malo y la indagatoria se ha suspendido.

Mi enfermedad tiene fácil explicacion; los martirios de los dias anteriores.
¡Infames revolucionarios!

¿Será cierto que cada vez que celebraba sesion la Junta de Estadística se gastaba un cajon de cigarros de á cien reales, por barba?

Así nos lo han asegurado.
De ser cierto, hay que reconocer, ó que la sesion duraba mucho, ó que los reunidos allí fumaban con la boca y con los bolsillos.

En la primera quincena de diciembre próximo pasado se declararon derechos pasivos por valor de 232.000 rs. vn.: fundándonos en esto dijimos hace cuatro dias que en la segunda quincena probablemente se habria hecho otro tanto.

Nos equivocamos.
Segun los datos oficiales publicados por los periódicos, en la segunda quincena se ha hecho algo más: los derechos pasivos ascienden á 304.420 rs.

Del mal el menos.
Creíamos que durante el año los derechos pasivos podrian ser unos seis millones; error, siempre subirán á más de siete.

Es un placer el ser contribuyente.

La Iberia ha publicado un sesudo artículo demostrando que nuestra situacion financiera no es tan precaria como suponen algunos.

La Bolsa, que estaba á 23'05, se puso el dia siguiente á 23.

La Iberia habla como un Ciceron y la Bolsa como un Séneca.

Leo con frecuencia en los diarios noticieros que los médicos de beneficencia municipal han visitado por centenares y aun por millares los enfermos.

Pero, vamos claros, ¿son esos los enfermos que visitan, ó son los que debian visitar?

Porque si son los que en efecto visitan, ó el número de médicos es infinitamente grande, ó las visitas han de ser infinitamente pequeñas.

Digo yo.

En Sevilla ha circulado una hoja suelta abogando por la candidatura de Montpensier.
Titúlase la tal hoja:

EL TRIBUNO DEL PUEBLO,
ó sea

EL PASTOR EN LA CABAÑA.

Toda ella es deliciosa.

Figúrense nuestros lectores que echa de menos á un rey como Felipe II, y propone que elijamos á Montpensier, porque este será otro Moisés; y acaba diciendo que en el extranjero se mira con buenos ojos á este candidato.

Otra de las razones que alega la tal hoja, es que un pueblo como el nuestro, sin moralidad y sin virtud, no tiene otro remedio que elegir á ese señor.

Si fuera cierto que aquí no hay ya moralidad ni virtud, comprenderia la eleccion de Montpensier.

¡Qué amigos se echa el duque por esas provincias!

Dicen los periódicos que Alfonsito de Borbon ha entregado al Papa una suma considerable.

Nosotros no hicimos mencion de esta circunstancia en el artículo que á Alfonsito dedicamos en nuestro número anterior; pero ya dijimos que fué bien recibido.

¿Qué mayor prueba de que habia entregado una buena cantidad de dinero?

El duque de Montpensier desde la revolucion acá ha ido de Portugal á España; ha querido ir á Alcolea, ha querido ir á Cádiz, á Sevilla, al Parlamento, á Alhama, al Hotel de los Príncipes y á la calle de Fuencarral y al trono.

De lo que ha querido ha realizado la mitad.
Sin embargo, *La Política* dice que el duque de Montpensier no se agita.

Hé ahí un príncipe cuyo elogio consiste en la insensibilidad.

D. Francisco de Borbon manda embargar los bienes de su esposa por temor de ver malbaratada la herencia de D. Alfonso y sus hermanos.

¿Eh?
Cuando la lista civil chorreaba millones; cuando teniamos un patriarca para un caso de apuro; cuando apelábamos á los cargos de piedra, no teniamos gastar demasiado. ¿Verdad, compae Paco?

—Pero diga Vd., por republicano que Vd. sea, si Montpensier fuera rey, ¿no lo respetaria Vd. como rey?

—Yo sí, hombre, yo sí; pero Dios le libre de cuñados y de monárquicos.

Llegó á Madrid el obispo de Osma preso y se alojó cómodamente en los Escolapios, donde no le falta nada.

¿Por qué en los Escolapios y no en la cárcel?
¿Hay algun artículo en la Constitucion que establezca desigualdades de infortunio?

Cuando un general delinque, ¿no va á la cárcel de San Francisco?

¿Por qué un obispo no ha de ir á la cárcel?
Pero ¡ya, ya! en buena tierra estamos.
Sea Vd. obispo, y échese á dormir.

En último resultado, si se queria obsequiar al obispo de Osma con un alojamiento digno de su clase, debió ser conducido al *Sagrado Corazon de Jesús*, donde el sacerdote director le hubiera tratado á cuerpo de niño.

Es verdad que el obispo es viejo.
Perdone el director del colegio esta infraccion de sus costumbres.

Ya ha publicado la *Gaceta* la consabida sopa de almendra.

Es decir, los nuevos gobernadores.
¿Y qué?

¡Otra solucion de D. Nicolás!

Resulta ahora que el Sr. Echegaray es fatalista.
Pero no fatalista de cualquier modo, no, fatalista por partida doble.

Admite la fatalidad de la materia.
Admite la fatalidad social.

En virtud de esta segunda, explicó el señor ministro la religion única, la intolerancia religiosa, la enseñanza por el estado, la monarquía, etc. etc...

S. E. ha olvidado la fatalidad ministerial; sin embargo, se ve arrastrado por ella.

Hablando de fatalidades, abrió el ex-demócrata una puerta para retroceder: aun no ha retrocedido; pero mucho nos equivocamos si no retrocede dentro de poco tiempo... Tal es la fatalidad.

Me hacen mucha gracia los moderados echándose las de aristócratas.

Ahora dicen que los progresistas no son tan elegantes como ellos.

¡Eche Vd. elegancia, cuerpo bueno!
En verdad que donde están los calañés de Marfori, los chalecos de Orovio y los pañuelos de yerbas en que el diputado Thous llevaba á las Cortes sus papeles, no hay quien pueda echarse las de elegante.

Por un chaleco de Orovio se podia dar cualquier dinero.

¡Hasta *El Cascabel* lo encontraba cursi!

Y despues de todo, ¡oh moderados olvidadizos! ¿Para quién se inventó la palabra *cursileria*, sino para esa aristocracia empollada por D. Ramon desde que le robaron las cucharillas hasta que recibió la bendicion del Papa?

La *cursileria* de esta aristocracia moderada era tanta, que cierto libro publicó la siguiente semblanza del intendente Marfori, flor y nata de los últimos Tenorios moderados:

Con sombrero calañés
le vi en Loja muy tronado,
y aquí elegante despues;
siempre parece un criado
disfrazado de marqués.

Sin embargo, algo hay que conceder á los moderados.

Algo y aun mucho.
Si bien no se *distinguan por su distincion*,
En cambio podian decir á los progresistas:

—Es verdad que somos *cursis* como vosotros, pero en cambio somos un partido honrado.
¿Eh?

Los obispos españoles han visitado en Roma á Alfonsito; pero lo han hecho con carácter privado.

Es lo que yo digo: los católicos deberian pagar al clero; pero haciéndolo cada uno con carácter privado.

Me parece que mi teoria es verdaderamente episcopal.

Parece que mientras D. Francisco de Borbon quiere que se embarguen los bienes de su mujer para que no malgaste, su hija doña Isabel demanda á su esposo el conde de Girgenti porque ya ha malgastado su dote.

¡Qué familia tan apreciable!

Montpensier está en Madrid, y aunque tiene el derecho de estar donde le dé la gana, menos en el trono, pareceme á mí que se nos va acercando demasiado.

¿Es que le atrae el olor?
Porque estos candidatos son como los perros; á cien leguas huelen el trono vacante.

Tenemos hoy domingo baile de *Piñata* en el teatro de la Opera.

¡Es el último!
—Ciudadanos, aprovechemos los últimos resplandores de la alegría.

—Vendrán detrás la Cuaresma y la insurreccion carlista.

Gocemos hoy, antes que los neos nos amarguen las horas.

PASATIEMPO.

CHARADA.

Todos aspiran á primera y cuarta;
es segunda con tres maderas dura;
las tres primeras todo cocinero
en sus guisados con frecuencia usa;
y es el todo una pasta delicada,
que con una copita á todos gusta.

(La solucion en el numero próximo.)

MADRID: 4870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.